

ARTE PASTORAL

6

MÉTODO PARA GOBERNAR BIEN UNA PARROQUIA :

OBRA ESCRITA EN OBSEQUIO

DE LOS SEÑORES CURAS PÁRROCOS,

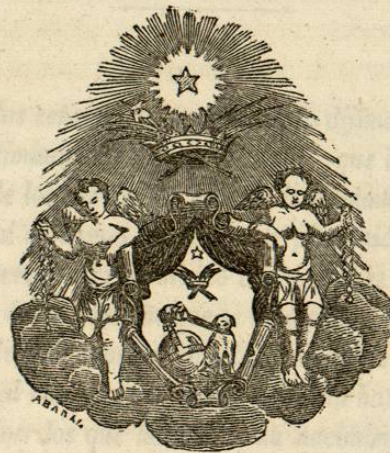
POR EL

R. P. L. Juan Planas,

DOMINICO, DIRECTOR DE LA CASA-MISION DE GERONA.

TERCERA EDICION.

TOMO III.



110331

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA.—1862.

IMPRENTA DE PABLO RIERA,

calle den Robador, núm. 24 y 26.

38046

PL5058
P. 1
1862
U. 3

ARTE PASTORAL
MÉTODO PARA GOBERNAR BIEN UNA PARROQUIA
DE LOS SEÑORES CURAS PARROQUIA
E. F. L. Juan Plana
Tercera Edición

Es propiedad.



BMU Raúl Rangel Funes
UANL
FONDO
A.B. PUBLICA DEL ESTADO

ARTE PASTORAL

6

MÉTODO PARA GOBERNAR BIEN UNA PARROQUIA.

DOMINGO DE PENTECOSTES.

Ya saben los señores curas, pues se lo dijimos en las observaciones preliminares del segundo tomo, que la Iglesia en la distribución de los evangelios guarda la economía mas sabia y prudente; cual economía consiste en ir proponiéndonos los misterios de Jesucristo por el mismo orden que se cumplieron, y en las mismas épocas del año que se verificaron. Así vemos, que durante el Adviento, nos propone los evangelios que nos hablan de su venida al mundo; que desde Navidad hasta Septuagésima nos hace leer los que hablan de su nacimiento, infancia y juventud; desde Septuagésima á la Pascua los que explican su vida penitente, su predicacion y su muerte dolorosa; desde Pascua hasta Pentecostes los que tratan de su resurreccion, de su ascension al cielo, y de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Pero como desde Pentecostes hasta el Adviento, en

que empieza el nuevo año eclesiástico, hay mas de veinte domingos, la Iglesia, no teniendo ya otros misterios de Jesucristo que recordarnos, nos propone aquellos evangelios que contienen las principales máximas de su moral, exponiéndonos en ellos las parábolas mas instructivas, los documentos mas notables, y las acciones mas sublimes que se encuentran en la historia de su vida santísima.

Limitándonos ahora al evangelio del presente dia, desde luego se notan en él tres máximas fundamentales que el Salvador dió á sus discípulos, y que pueden servir de base para otros tantos asuntos morales: el amor de Dios, el desprecio del mundo, y la caridad como principio de las buenas obras. Para predicar del amor de Dios, se tomará aquel tema por texto que dice: Si quis diligit me... Pater meus diliget eum: y luego se dirá el siguiente exordio: «Cuando la Iglesia nos recuerda aquel «tiernísimo dia en que el Espíritu Santo vino á llenar los corazones de los Apóstoles de amor de Dios, ¿pudiera yo, cristiano mío, hablaros de otra cosa que del amor divino? No: y «si lo hiciese, me apartaria del objeto de la presente festividad, «no corresponderia á lo que exige de mí el evangelio que se acaba de leer, y os privaria á vosotros de un asunto tan grato como provechoso. El amor de Dios es el punto mas interesante «que se puede predicar á los hombres, el que los cristianos deben escuchar con mas cuidado y atencion, y el que, bien cumplido, basta para hacer, no solo un buen cristiano, sino tambien un gran santo. Quitad el amor de Dios al mas sublime de «los Serafines, héosle aquí convertido en el mas feo de los demonios: poned el amor de Dios en el mas abominable demonio, «héosle mudado en hermosísimo Serafin. Quitad el amor de Dios á uno de los Santos mas admirables por su penitencia, pureza, constancia, celo y religion; su penitencia ya no será mas «que hipocresía, su pureza pura vanidad, su constancia mera

«obstinacion, su celo atolondramiento, y su religion farsa y «mentira. Poned el amor de Dios en el mas perdido entre los «pecadores; un suspiro suyo llegará á lo mas alto del cielo, una «lágrima suya podrá alcanzar de Dios cualquiera cosa, un vaso de agua dado por él á un sediento le hará digno de un premio eterno. Sin el amor de Dios, dice san Pablo, aunque yo «convierta todo el mundo á la fe, aunque reparta todos mis haberes á los pobres, aunque me entregue á la muerte mas cruel, «soy nada, nada absolutamente: Nihil sum¹: con el amor de «Dios, aunque no convierta el mundo, aunque no me haga voluntariamente pobre, aunque no sufra el martirio, lo soy todo, absolutamente todo. ¿Pueden, cristianos, decirse cosas «mas grandes, mas bellas, mas eficaces que estas en recomendacion del amor de Dios? Jesucristo las comprende todas diciendo, que quien ama á Dios es amado de él. Si quis diligit «me... Pater meus diliget eum. Amar á Dios... ¿cabe algun «objeto mas dulce? Ser amado de Dios... ¿cabe dicha mas grande? Para haceros comprender todo lo mas esencial del amor «de Dios, vengo á explicaros tres cosas: su excelencia, sus «motivos, y su práctica.» — Luego se dice la plática que se halla en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 30.

Cuando se quiera predicar del desprecio del mundo, se tomará el texto: Pacem meam do vobis: non quomodo mundus dat: y sobre él se formará el siguiente exordio: «Vosotros habeis visto, cristianos, como del Adviento acá la Iglesia, acomodándose á las diferentes estaciones del año, ha ido poniéndonos á la vista todos los misterios de Jesucristo, desde que «vino á hacerse hombre en Nazaret, hasta que subió á los cielos. Como todavía quedan mas de veinte domingos del presente año eclesiástico, la misma Iglesia, no teniendo ya otros mis-

¹ I Cor. XIII, 2.

«terios del Salvador que recordarnos, trata de aprovecharlos para instruirnos en su moral, ofreciendo á nuestra consideracion las máximas principales que él enseñó, y se hallan esparcidas en el Evangelio. Hoy nos propone una, que á mi modo de ver, es la fundamental de todas, á saber, el desprecio con que el cristiano debe mirar los bienes del mundo. Conociendo el Salvador la propension que los hombres tienen á buscar su felicidad en los bienes materiales que el mundo les ofrece, quiso advertirles que la verdadera felicidad solo puede darla él, y que el mundo solo da una felicidad falsa, aparente é ilusoria : *Pacem meam do vobis : non quomodo mundus dat.* En efecto : ¿qué tiene el mundo que pueda hacernos felices? San Juan responde, que todo lo que hay en el mundo, y de consiguiente todo lo que el mundo puede darnos, son honores, riquezas y placeres. ¿Y pueden estas cosas hacer dichoso á un hombre? No, porque cuestan innumerables penas cuando se buscan ; comunmente no se consiguen, aunque se hayan buscado ; y aun cuando se consigan, no pueden plenamente satisfácernos. Expliquemos estas tres verdades, y veréis cuán despreciable es el mundo y todo cuanto hay en él.»

Para manifestar las muchas penas que causan los bienes del mundo cuando se buscan, se echará mano de la parábola del Hijo pródigo, y sobre todo se hará notar la suma crueldad con que fue tratado por aquel rústico labrador que le tomó por criado, quien por los muchos y penosos servicios que exigía de él, no le daba otro salario que algunas docenas de bellotas cada día¹. Luego se dirá que de igual modo trata el mundo á los que se dan á su servicio, pues por cuatro nonadas que les ofrece, les pide largos y costosos sacrificios. ¿Qué quiere, por ejemplo, de uno que desea enriquecerse? Quiere que antes sacrifique

¹ Luc. xv, 16.

su reposo, su tranquilidad y á veces su salud ; que se entregue á ocupaciones tumultuosas, á viajes peligrosos, á cálculos y especulaciones que le ocupen las horas destinadas al sueño ; que salga del centro de su familia, que abandone á su esposa y á sus hijos, que vaya á fiar su suerte ó al furor de los mares, ó á la inconstancia del comercio, ó al capricho de la fortuna, ó á la mala fe de los hombres, etc., etc. ¿Qué pide el mundo á uno que aspira á conseguir honores? Pide que compre estos honores á expensas de su libertad ; que se haga esclavo de protectores altaneros, extravagantes y caprichosos ; que forje intrigas, mueva resortes, sufra desdenes, disimule resentimientos, reprima el natural, alabe, sirva y preste vil homenaje á la persona de que está colgada su esperanza y su fortuna, etc., etc. ¿Qué exige el mundo de uno que está sediento de placeres? Exige que sacrifique su hacienda, su honor y su alma en obsequio del ídolo de carne que adora ; que sufra las murmuraciones del público, las burlas de los vecinos, el desprecio de los amigos, las sátiras, quejas y baldones que de continuo le tiran sus allegados ; que se resuelva á encontrar á cada paso celos que temer, censores que sufrir, rivales que desviar, etc., etc. Con estos conceptos, un poco amplificados, habrá bastante para demostrar los grandes sacrificios que pide el mundo por los pequeños bienes que promete, que es la primera verdad propuesta en el discurso.

Como prueba de la segunda se dirá, que si aun por tales sacrificios se llegase infaliblemente á la consecucion de dichos bienes, tendrían los mundanos con que consolarse, pues su posesion les pagaría algun tanto las inquietudes y penas que han sufrido al solicitarlos ; pero no sucede ordinariamente así : el mundo es un embustero, á quien le importa muy poco faltar á sus promesas : deja que sus partidarios envejezcan en su servicio, y cuando los ve ya extenuados, paga sus penosos sacri-

fcios con la indiferencia y el desprecio; semejante á ciertos amos inhumanos que, habiendo recibido dilatados servicios de un criado fiel, cuando despues se ha hecho inútil, le envian á morir en un hospital. Verdad es que siempre los tiene colgados de la esperanza, porque al fin no quiere sea dicho que ellos le abandonan; pero si una vez dejan de serle oportunos, en vano hacen esfuerzos para agradarle: el ingrato no corresponde ya á su solicitud sino con la altanera declaracion de que son ya gastados, y para nada los necesita. En confirmacion de esto, hágase una rápida enumeracion de los muchos que, habiendo toda su vida soñado riquezas, escalado idealmente empleos, y buscado satisfacciones y placeres, no han logrado mejorar su situacion, ni levantarse del lodo en que yacian. Semejantes al hijo pródigo, quisieran hartarse de las bellotas que se pudren en el suelo, y ni aun esto les es concedido.

La tercera verdad se demostrará, diciendo, que aun cuando el mundo, olvidando su inconstancia, cumpliese sus promesas, y nos colmase de bienes, nuestro corazon no estaria satisfecho, y todavia le quedaria mucho que desear. Como es de una capacidad infinita, nada fuera de Dios es capaz de llenarlo y satisfacerlo, antes todo lo halla insípido, todo pobre, todo pequeño. Ese ambicioso ha llegado al grado de honor á que aspiraba, ¿creeis que está contento? ¡Ah! como Aman, cuenta por nada toda su gloria, mientras vea que Mardoqueo no se arrodilla en su presencia. Refiérase aquí la historia de este desventurado ambicioso, la que se hallará en el libro de Ester, capítulo III. Ese avaro tiene ya sus cofres llenos de oro y plata; ¿pensais que está satisfecho? Como Acab, se considera pobre en medio de sus grandes riquezas, mientras Nabot no le dé la corta hacienda que posee. Explíquese la historia de este infeliz codicioso, tal como se halla en el capítulo XXI del libro III de los Reyes. Ese sensual ha conseguido ya el consentimiento de la persona

que tiempo há venia solicitando, nada niega ya á sus detestables deseos, ¿creeis que se halla satisfecho? Como Amnon, que apenas hubo violado la honestidad de Tamar, sintió que el amor se le cambiaba en odio, y el placer en fastidio; así este desgraciado, no bien ha probado las primeras dulzuras del placer profano, cuando ha visto desvanecerse como humo su ilusion, hallando la desesperacion y vergüenza donde creia encontrar la felicidad y el gozo. Refiérase el hecho de Amnon, que se halla descrito en el libro II de los Reyes, capítulo XIII.

Véase ahora el asunto que damos entero.

El amor de Dios principio de bien obrar.

Si quis diligit me, sermonem meum servabit. (Joan. XIV, 23).

En un dia en que la Iglesia hace memoria de aquel otro dia dichoso en que el Espíritu Santo vino á inflamar á los Apóstoles en amor de Dios, es muy natural que vosotros deseéis saber si este Espíritu divino ha venido tambien á encender en vuestras almas el fuego sagrado de la caridad. Por justo y razonable que sea vuestro deseo, cási no me atrevo á satisfacerlo, porque léjos de poder deciros cosas que os consuelen, tal vez habré de deciros verdades que os llenarán de espanto y temor.

¿Qué es, pues, lo que deseais saber? ¿si el amor de Dios reside en vuestros corazones? Para ello será menester que sepamos cuáles son vuestras obras, porque ellas son la única regla que puede ayudarnos á resolver esta delicada cuestion. El amor de Dios es como el fuego, que por esto el Espíritu Santo tomó la forma de fuego al bajar sobre los Apóstoles, y